

ECONOMÍA Y ESTABILIDAD MUNDIAL

José María GODÍN PORTO



Introducción



LOS conflictos se desatan por intereses nacionales o de grupo, generalmente por los del estado o sociedad agresora, y en esos intereses, inevitablemente, subyace un sustrato económico. En el artículo «El enemigo global» (REVISTA GENERAL DE MARINA, julio 2002) se hacía un estudio sobre las relaciones existentes entre los conflictos y la economía. Tres eran los males actuales citados que se superponían a los naturales ciclos económicos: 1) el agotamiento actual de la revolución de las nuevas tecnologías —exceso de oferta—; 2) la especulación sobre las economías recién liberalizadas y la inestabilidad intrínseca a la zona que rodea a Israel por sus recursos naturales y choques culturales. Fruto de ello aparecen grandes bolsas de pobreza y desesperación como caldo de cultivo de grupúsculos antisistema.

La tan deseada estabilidad mundial continúa lejos. ¿Es que la comunidad internacional es incapaz de lograr que el beneficio económico se distribuya equitativamente a todos los lugares de la tierra? ¿Son las protestas contra la globalización una mera expresión de marginalidad o les asiste algún tipo de razón? Este artículo, siguiendo la línea trazada en el anterior, pretende ahondar en las posibles causas de falta de estabilidad de esta nueva era en el plano de la economía y, en particular, en los problemas que están encontrando muchos países para participar del nuevo modelo en condiciones aceptables. Si la globalización sigue por los derroteros actuales, la continua ascensión y caída de la riqueza de los países en vías de desarrollo y el descontento social continuarán amenazando la paz.

La globalización, ¿un fenómeno nuevo?

Entre los años 150 y 50 a. de C., el Imperio Romano logró unir bajo su gobierno a la práctica totalidad del mundo conocido. Civilizó a multitud de

tierras incultas y las dotó de gobiernos, incluso manteniendo sus propias instituciones anteriores. Organizó e hizo funcionar de manera óptima la agricultura y la industria, a la vez que fomentaba un excelente entramado de infraestructuras. Extendió el comercio, abrió líneas de comunicaciones y les impuso una lengua común, en paralelo a las autóctonas, que acabaron en muchos casos por desaparecer —al revelarse inútiles—. Les dio leyes justas basadas en el Derecho Romano y promovió unos derechos sociales mínimos, tales como el seguro de desempleo, en forma de reparto de alimentos.

Fue probablemente el primer caso en que el mundo conocido tuvo un entramado que podría llamarse algo así como global. Donde la importación y exportación sin aranceles fueron una realidad por primera vez en la Historia; y si llegó a caer fue por su propia decadencia, disparada por las intermitentes sucesiones de gobernantes corruptos y sin escrúpulos, o incapaces, llegados al poder por medios violentos, cuando no por el mero privilegio de la herencia. Pero la globalización del siglo XXI avanza por derroteros inciertos, quizá porque precise gozar, antes que de cualquier otra cosa, de estabilidad: la *pax romana* sobre los pilares de un marco legal conveniente, situación a la que todavía no hemos sabido llegar.

Qué es la globalización

Podemos definir la globalización como la capacidad que tienen los pueblos de interactuar de forma rápida, mediante:

- La reducción de aranceles, tiempos y costes en el transporte.
- La facilidad, del flujo del capital, la información y las personas.
- La importancia del *americano* —el nuevo latín— como idioma vehicular.

Su potencial es inmenso. El acceso a la información es un don inapreciable en campos como los de la tecnología, la medicina, la enseñanza, los servicios, el entretenimiento o la comunicación en sí. Pero en el campo económico, donde *a priori* podrían recogerse innumerables beneficios, la realidad es que los últimos años nos vienen sobresaltando con casi continuas crisis que saltan de Asia a Sudamérica, a Rusia, a Alemania o a Japón. Tanto a países emergentes como a potencias industriales, y cuyos gobernantes, por unas causas u otras, llegan a un momento dado en que las cuentas no les salen.

Tras la caída de los países soviéticos, el modelo occidental se ha visto consolidado a los ojos de los principales líderes mundiales como el *único*. Pero el resultado de la *receta única* puede no ser siempre el conveniente, ya que no tiene en cuenta los ingredientes: las distintas culturas, religiones, antecedentes históricos o grados de desarrollo de partida de cada pueblo en sí, y

no hay modelo de sociedad que se pueda consolidar de espaldas a la mayoría de la población sin que se produzcan sacudidas sociales.

Condicionantes iniciales para la estabilidad

El nacimiento y posterior apogeo de una sociedad justa y equilibrada precisa unos pilares sólidos en que apoyarse para comenzar su desarrollo. Esto es común a todas las colectividades; ya sean imperios, naciones o un mundo global de difusas fronteras.

Ningún mercado es capaz de desarrollarse de manera independiente sin que se llegue a una situación de capitalismo cruel. El mercado necesita de regulación, de fijar salarios mínimos, condiciones de trabajo dignas, protección social, sanitaria y contra el desempleo. Existe la necesidad de promover industrias no rentables en zonas específicas, de llevar infraestructuras y energía a todas partes, de subvencionar actividades (ya sea por su necesidad o por dar trabajo), de invertir en investigación y desarrollo, de extender la educación, de proporcionar acceso a la cultura y fomentar la igualdad de oportunidades. También es necesario un control de tipos de interés y del valor de la moneda; hay que actuar sobre los aranceles a la importación, sobre los beneficios obtenidos por la venta rápida de activos para sacar el capital al exterior, etc. Y en los momentos de recesión existe la necesidad de un organismo público que de trabajo, financiando las infraestructuras que faciliten el posterior crecimiento en el siguiente ciclo expansivo.

Todas estas obligaciones las ejercen a nivel nacional los estados. Pero nadie suple a esta figura en el entorno global, y las reglas del juego no están claras. ¿Quién manda aquí?, ¿quién interviene para controlar las desviaciones del mercado, proteger a las personas, etc.? La ONU promovió determinados organismos internacionales para intentar de alguna manera controlar los procesos. Pero el vacío de poder es más que evidente y la actuación de tales organismos viene siendo, desde los años 50, en claro beneficio de los grandes y coercitiva con los no desarrollados. Existen varios *tiburones* que se benefician en las aguas revueltas y dirigen los procesos macroeconómicos.

Los actores principales

Tras el gran batacazo de la Segunda Guerra Mundial, fruto en buena parte de las teorías de la necesidad de autosuficiencia del estado, patrocinadas por las escuelas de pensamiento alemanas y recogidas fielmente por el partido nazi, la comunidad internacional —bueno, para ser más exactos, la comunidad de los vencedores— sintió la necesidad de crear organismos supranacionales multinacionales que fomentasen las buenas relaciones entre los estados. Tras

el sendero iniciado en la vertiente política por la ONU, se continuó propiciando la creación de multitud de organizaciones unidisciplinarias. Algunas de ellas de intención y resultados anecdóticos, pero otras capaces de aglutinar cotas extraordinarias de poder y de influencia de cara a la estabilidad mundial. Así, los *tiburones* de la globalización son los siguientes:

Los Estados Unidos

El país más poderoso por economía, influencia política y poder militar, y que ha decidido emplearse firmemente en la defensa avanzada de sus intereses económicos mediante todo tipo de presiones. Sus empresas de tecnología, bienes, servicios e industria venden en los cinco continentes y son las más interesadas en la consolidación del modelo. Tienen fábricas y cadenas de montaje por todo el mundo, encargan la manufactura de productos a miles de empresas extranjeras buscando mano de obra barata; dan mucho trabajo, pero también recogen grandes beneficios. Sus bancos, contra los que muy pocos pueden competir, controlan los ahorros de los ricos y prestan como y a quien quieren, en lógica defensa de sus accionistas. Como todo líder no deja a nadie indiferente; genera desde la admiración y el seguidismo al odio más visceral.

El G-7 (ya G-8 con Rusia como artista invitado)

El grupo reúne a los líderes de los países más potentes económicamente, dando a Rusia un asiento de privilegiado, probablemente por su potencial militar y la necesidad de su aquiescencia. Sus decisiones pesan sobremanera en el desarrollo mundial: si los siete grandes están en sintonía, el resto sólo puede asentir y seguir aguas. Nuevamente los Estados Unidos se constituyen como el más grande entre los grandes.

El Fondo Monetario Internacional (FMI)

Organismo internacional —pagado por todos— creado en 1944 a raíz de la Conferencia Monetaria y Financiera de la ONU. Tenía inicialmente la misión de cooperar en la reconstrucción de Europa, y posteriormente se le encomendó la de supervisor global, responsable de evitar sobresaltos mediante el ejercicio de la presión política y económica sobre aquellos países que no cumplieren sus deberes de cara a la macroeconomía y pudiesen desestabilizar el delicado equilibrio del conjunto mundial. Se relaciona directamente con los ministros de Hacienda y los bancos centrales nacionales, y cuenta con grandes cantidades de dinero que puede prestar a los países en vías de desarrollo para

ayudarles a superar sus posibles crisis. Tiene una enorme capacidad coercitiva, ya que sólo presta a quien cumpla sus normas. Como consecuencia inmediata, los países con problemas no pueden tomar sus propias decisiones para salir de las recesiones. Su presidente siempre ha sido un europeo, aunque los Estados Unidos, y en particular el Departamento del Tesoro, como accionista principal, cuentan con un derecho de veto efectivo.

El FMI cuenta con otro extraordinario modo de ejercer el poder en la forma de sus informes anuales sobre la economía de los diferentes países. Un *suspensio* del FMI a un país emergente equivale al alejamiento inmediato de la inversión extranjera privada. Mientras, los países industrializados *pasan* de sus recomendaciones —incluida España, como lo ha reflejado con frecuencia nuestro Vicepresidente económico—; para los emergentes la inversión extranjera es directamente proporcional al puesto obtenido en el *ranking*.

El Banco Mundial (BM)

Otro organismo público internacional, o sea, subvencionado con el dinero de todos los contribuyentes del mundo. Si el FMI actúa en el plano de la macroeconomía, el BM, su hermano pequeño, actúa a nivel estructural. Controla en qué dilapidan los estados díscolos el gasto público, cuál es su política económica, el funcionamiento de sus instituciones financieras y sus políticas comerciales derivadas. Aunque sus préstamos se supone que son más concretos y específicos que los del FMI (principalmente financiar infraestructuras para luchar contra la pobreza), la verdad es que, con frecuencia, ambos organismos han tenido que actuar en conjunto cuando los dineros del FMI se vieron incapaces para afrontar todas las necesidades. Ambas organizaciones tienen a su director espiritual en el G-7, como no podía ser menos, dado el carácter de su tarea y el sistema de elección totalmente opaco de sus dirigentes. Su presidente siempre ha sido un norteamericano.

La Organización Mundial del Comercio (OMC)

Nacida en 1995, ayer como quien dice, con el espíritu de fomentar el libre flujo de bienes, de ejercer como foro de negociaciones comerciales y para constituirse en garante del cumplimiento de los convenios. Es de gran importancia, como lugar donde se toman decisiones, aunque no es un organismo con capacidad ejecutiva como tal. Es el responsable indirecto de la bajada continua de aranceles para aquellos productos que exporta el primer mundo, sin que se consiga, por el contrario, que estos privilegiados reduzcan las subvenciones y políticas proteccionistas con que mantienen sus actividades del primer sector relativamente a salvo de la competencia de los más pobres.

En sus salones se *ablanda* a los países en vías de desarrollo para abrirse a la liberalización que los grandes les imponen.

En la composición de los organismos citados se heredaron varios de los problemas originales del Consejo de Seguridad de la ONU y que tanto han venido afectando a la capacidad de reacción de la comunidad internacional: el predominio de los países vencedores de la Segunda Guerra Mundial, que obtuvieron cómo botín el derecho a decirle al mundo como se iba a tener que organizar de cara al futuro y con la acción de oro que da el derecho al veto y a elegir a los líderes de los organismos que manejan el dinero. ¡Qué paradoja!, los supervisores de la democracia no han permitido que ésta llegue a los organismos que ellos mismos han impulsado.

Las teorías macroeconómicas: ¿control férreo o incentivos?

Cuando un país entra en recesión, uno de los mayores problemas es el de determinar cuál es el modelo de economía que le conviene según su coyuntura específica. Los *tiburones* han venido tendiendo a imponer a todos los países en vías de desarrollo la receta clásica única: 1) la austeridad presupuestaria; 2) la liberalización de los mercados; 3) la privatización de empresas públicas; 4) los altos tipos de interés (buscan entrada de capital extranjero al aumentar el beneficio del que presta, y 5) el control férreo de la inflación. Con todo esto pretende evitar que el país en cuestión gaste demasiado en su sector público, viva por encima de sus posibilidades, se endeude en un proceso acumulativo, su sistema financiero se tambalee por la eclosión de impagos a los créditos y llegue a un momento en que su PIB no sea suficiente ni tan siquiera para pagar los intereses de su deuda externa. Hay que tener en cuenta que el FMI presta grandes cantidades de dinero, pero sus funcionarios tienen como obligación el que puedan ser devueltas en tiempo; es por ello que, o se hace a su manera, o no hay crédito. Tiende a buscar retornos a corto plazo, por eso las políticas que *recomienda* frecuentemente son de malos resultados cara tanto al corto como al medio plazo. Lo peor es que los países en fuerte recesión lo primero que hacen es cancelar el pago de su deuda externa y lo segundo es solicitar su renegociación o condonación.

Otra chapucilla típica del FMI ha sido la de intentar impedir la devaluación de las monedas de sus tutelados (para evitar la caída del valor de sus exportaciones y evitar la falta de confianza de los inversores) mediante la inyección de cientos de millones de dólares en comprar los *pichiqueiros* en cuestión. Todas estas monedas cayeron sin remisión y lo único que se logró con el intento fue dar más tiempo a los especuladores. Cuando el pichiqueiro está a punto de desplomarse, el especulador vende los que tiene y compra dólares; cuando la devaluación llega, con esos dólares vuelve a comprar pichiqueiros y así, en unos días, ha ganado el mismo porcentaje en que dicha moneda se haya

devaluado (comisiones e impuestos a parte). El proceso es fácil y rápido; cuando se hace con cantidades abultadas de dinero, la ganancia es espectacular y toda la inyección de capital del FMI y del Banco Central del país víctima está en los bolsillos de los financieros extranjeros. Pero el daño a corto plazo al tejido financiero local y al empresarial es considerable, y suele redundar en despidos masivos.

Pero, en cambio, la realidad es que el mundo occidental, desde los tiempos de Clinton, cuyo equipo de asesores económicos modeló un nuevo estilo, ha dejado de apoyar la receta clásica para sí mismo. Inflación, paro y crecimiento son vistos ahora como tres componentes fundamentales e indivisibles de la macroeconomía. Todas las medidas que se tomen deben de ir destinadas a lograr su correcto equilibrio; actuar exclusivamente contra uno de ellos no suele dar resultado. Uno se puede apretar el cinturón todo lo que quiera y mantener un buen control de la inflación; pero si no hay crecimiento, el paro aumentará irremisiblemente y la revolución social se hace inminente. Liberalizar las empresas en países en vías de desarrollo, cuando no están preparadas para competir con las americanas y europeas, es conducir las a la ruina segura en pocos meses. La entrada del capital extranjero, beneficiosa a corto plazo por la entrada de tecnologías y apertura a nuevos mercados, suele debilitar a las empresas locales y poner la mayor parte del ahorro en manos de bancos extranjeros que luego concederán los créditos en función del interés de sus accionistas; esto tiende a dejar sin capital a la pequeña y mediana empresa (caso de Argentina), lo cual estrangula el crecimiento nacional. Subir los tipos de interés para desacelerar la economía, controlar el flujo de capital mediante severos impuestos a la compra-venta de activos financieros para detener la inflación es poner cadenas a la iniciativa privada. Los países en vías de desarrollo que han seguido los modelos económicos impuestos por el FMI, para poder acceder a los créditos suyos y del BM, han sido el mejor de los pastos para la especulación internacional —cosa que el estudio inicial nunca tiene en cuenta, ya que es *un factor externo no previsible*—.

En España hemos visto claramente en los últimos años el despegue económico resultante del abandono de las teorías clásicas, centradas en la inflación, por las más avanzadas de carácter expansivo, donde la bajada de los tipos de interés, de los impuestos y las privatizaciones y liberalizaciones graduales, junto con un buen control del endeudamiento público y la flexibilización del mercado laboral en busca del pleno empleo, han proporcionado crecimiento sostenido, mejora de las prestaciones sociales y reducción del desempleo, mientras que a la inflación sólo se la mira de reojo. Pero todo esto es peligroso, ya que deja al país abierto a la competencia con las potentes multinacionales que pueden llegar a monopolizar muchas de las actividades —lo que a la larga les permite fijar los precios de los bienes y servicios—. En momentos de recesión, el capital extranjero tiende a emigrar a lugares más estables, y si el tejido industrial autóctono no es fuerte y las empresas nacio-

nales competitivas, los problemas estarán servidos. Es la causa de las frecuentes llamadas a la competitividad de las empresas nacionales que oímos por la televisión.

¿Por qué ese miedo exacerbado a la inflación?: la respuesta que propone Joseph E. Stiglitz (1) (Nobel de Economía 2001) es sencilla: disminuye el valor de lo que se le debe a los acreedores (que suelen ser los organismos financieros) y destruye a las empresas con alto grado de endeudamiento. La inflación es vendida como el *coco* en muchas facultades de económicas y empresariales del mundo y combatida con celo por casi todos los ejecutivos formados en el mundo de la banca. Pero la realidad es que se puede crecer y tener pleno empleo aunque exista cierta inflación.

Pero existen algunos países que han logrado tanto desarrollo como obtener algunos fondos del FMI sin seguir sus recetas. Un ejemplo claro es el de China, que sigue un lentísimo proceso de liberalización de su economía, al ritmo que fijan sus dirigentes, y que les está llevando por un camino de varios lustros de crecimiento muy por encima del de la media mundial. Pero está claro que son pocos los que tienen otros valores distintos a los financieros —militares o estratégicos— como para poder mantener su criterio firme ante las presiones. Los famosos dragones del sudeste asiático son otro caso; fundamentalmente Taiwan, Malasia y Corea del Sur, y aunque sufriesen una fuerte crisis en los noventa, continúan con un crecimiento medio muy satisfactorio. En Europa destacan Polonia y Hungría, que han superado una excelente transición a la economía de mercado ignorando los consejos del FMI.

Los efectos sobre las personas

Actualmente, y pese al gran desarrollo tecnológico alcanzado, el mundo es un lugar duro para vivir. Más del 45 por 100 de la población mundial es pobre de solemnidad, con una renta *per capita* inferior a los dos dólares/día. La acción decidida del FMI y otros de los *tiburones* citados de la globalización han empobrecido o ayudado a empobrecer con sus recetas a países tan diversos como Argentina o Rusia, barriendo a la clase media y poniendo la riqueza en manos de unos pocos. Mientras que los tiburones han conseguido reducir bajo mínimos los aranceles que se pagan por industria, tecnología, bienes y servicios, no ocurre lo mismo con la agricultura, que continúa fuertemente subvencionada y protegida en el primer mundo, fundamentalmente en los Estados Unidos. El diferencial entre desarrollados y no desarrollados aumenta.

Todos somos conscientes de los problemas de corrupción que afectan a los países no desarrollados. Pero sería demasiado fácil echarles a ellos todas las

(1) *El malestar en la globalización*. Ed. Santillana, 2002.

culpas y caer en los aforismos típicos de que los pobres lo son porque no quieren dejar de serlo. Tan falso como decir que los obreros son todos unos vagos o que los empresarios son una raza de opresores sin escrúpulos. No hay sociedad que pueda prosperar si nadie se preocupa de dotarla de educación, infraestructuras y un marco propicio para su desarrollo moral y material. Por supuesto, no todo es culpa del mundo occidental. Por la corrupción grandes cantidades de dinero son desviadas de su propósito inicial a las arcas de sus gobernantes —de ahí quizá el supercontrol que pretende ejercer el FMI—. Algunas de esas sociedades son grupos de tribus en guerra permanente sin nada que pueda emular la acción de un estado serio. La falta de educación y cultura dificultan enormemente el desarrollo. Existen desigualdades sociales mantenidas a propósito, alegando cuestiones religiosas que mantienen a grandes sectores de la sociedad en el más absoluto de los analfabetismos, fuera del mercado laboral y con una significativa pérdida de capital humano. Las mafias locales aparecen allá donde el dinero del FMI comienza a aflorar y queda atrapado en bolsas de jefecillos locales que aprovechan las privatizaciones de las empresas estatales para posteriormente vender sus activos y sacar el capital obtenido al más provechoso mercado exterior. El desarrollo requiere no sólo dinero, sino también medidas de transformación social paralelas, legislativas y de orden público, sin las cuales la ayuda exterior será meramente una breve anécdota. Mientras, en los países emergentes surge también un nuevo modo de entender las cosas. Líderes de nuevo cuño, como el brasileño Lula, comienzan a proponer la reconversión del ya G-8 en un G-20, con representación de otros grupos de naciones que quieren tener voz propia en el futuro de este mundo que tenemos que construir para todos.

Conclusiones

Durante la segunda mitad del siglo xx los organismos de las Naciones Unidas se han fiado de la mano invisible de Adam Smith, teoría según la cual se esperaba que la existencia de una economía global liberalizada y, consecuentemente, con unas oferta y demanda casi infinitas formase un libre mercado perfecto que no precisase la existencia de un estado regulador. La práctica revela que esta teoría es del todo errónea. La comunidad internacional desarrollada esperó en los 70, 80 y 90 que la conocida como economía de la filtración (según la cual el enriquecimiento de las capas más altas acaba redundando en trabajo para las más bajas) extendería por gravedad los beneficios de la globalización a los más pobres. El resultado final ha sido que en grandes partes del mundo, tanto los ricos como los pobres lo son respectivamente más.

El concierto macroeconómico global no está organizado en igualdad de condiciones; de hecho habría que preguntarse si está mínimamente organiza-

do. Al igual que en el citado artículo, el «El enemigo global» se sugería la dificultad de lograr un orden mundial justo mientras se mantuviesen composiciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que responden a realidades de hace 50 años, mientras la riqueza esté en manos de las sociedades financieras y éstas decidan cuándo, cómo y a quién prestan capital, los organismos públicos internacionales obliguen a aplicar recetas occidentales anticuadas a países no occidentales, y la especulación a corto plazo está fuera de todo control, será muy difícil ayudar a los países emergentes a ponerse al día. Mientras existan bolsas de paro, incultura, pobreza e indignación será difícil lograr estabilidad, y sin esta última, el dinero no viene; es un lazo cerrado.

Los organismos teóricamente responsables, dependientes de la ONU, son en buena medida directamente cocausantes de las desigualdades que dicen combatir, puesto que responden a intereses privados de grupos de presión. Además, no dejan de ser aquello que quieren eliminar en otros países como causa de la ineficacia: un grupo de funcionarios de una empresa pública que no se juega nada personal con sus decisiones. Existe la imperiosa necesidad de un *estado* o acuerdo global capaz de corregir las desviaciones del mercado y proteger a los más débiles; como otra alternativa nos queda la incesante subida de los grupos antiglobalización o la salida de conjuntos de países del sistema actual —una especie de nuevo nacionalismo excluyente basado en uniones regionales de intereses— como estuvo a punto de hacer Asia, a finales de los 90, cuando amenazó con crear su propio Fondo Monetario Asiático.

